

VICO O LA METAFISICA COMO METODO DE FUNDAMENTACION DE LA NATURALEZA HUMANA.

(Estudio bibliográfico de: *Giambattista Vico: metafísica de la mente e historicismo antropológico*. José M. Sevilla Fernández. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1988)

por Miguel A. Pastor Pérez

Estamos ante un libro denso. Densidad material y conceptual que aúna análisis fecundo e interpretación original, pasión por la letra y frialdad racional por el contenido de la obra viquiana, descubrimiento y crítica puesta al día, difusión y explicación. Ello denota, por una parte, su origen académico y, por otra, la labor personalizada de quien se deja llevar por la pasión intelectual del investigador. No es de extrañar que a un título prescriptivamente epistémico (*G.B. Vico: metafísica de la mente e historicismo antropológico*) le siga un subtítulo descriptivamente poético («Un estudio sobre la concepción viquiana del hombre, de su mundo y de su ciencia»).

El autor denota conocer extraordinariamente bien a Vico, que duda cabe, pero no solo la obra, sino el propio mundo viquiano, el que conforma al «hombre interior» (mente y ritmo histórico) Vico. Así, aún cuestionando a veces los criterios, los esquemas y parámetros interpretativos del napolitano, llamándolos *ingenuos* en más de una ocasión, los desarrolla y entrelaza, él mismo, de una forma personal pero sin apartarse de la línea metodológica y vital trazada por el propio Vico, y los plantea, aquí y ahora, como elementos poseedores de absoluta validez, a pesar de los saltos, contradicciones y giros recursivos que el italiano da.

La obra del napolitano esta penetrada de elementos muy diversos que constituyen un todo intelectual imposible de desgajar. Tenemos, así, elementos antropológicos, religiosos, morales, jurídicos, sociológicos, políticos e incluso económicos, pero todo ello sobrenada en aguas metafísicas básicas y fundamentadoras que alimentan una concepción global y globalizante que pretende y consigue explicar, forzando a veces la etimología sin duda e incluso la historia, lo que podríamos llamar una Filosofía de la Historia de la Humanidad desde lo que está más

allá de la mera apariencia científica, desde lo que son los fundamentos originarios y originantes de la especie humana, por usar un término que no se aparte del todo de las explicaciones genéticas como las que nos ofrecen Vico y Jose M. Sevilla.

Todo ello a través de un estilo fluido en el que se combina la voz del autor con la del propio Vico, en una exposición no rígida pero sí rigurosa, cargada de resonancias «quasi poéticas» por la facilidad del étimo viquiano, por su capacidad de construir imágenes o *hacer ver* lo que describe, lo que explica, como si efectivamente desde la traza histórica estuviésemos allí, viendo como surgen los *bestioni*, como se transforman en héroes y como llegan al estado de civilidad, al hombre, que no necesariamente ha de ser el más civilizado.

La obra se articula en dos partes separadas pero complementarias. La primera consta de cuatro capítulos y la segunda de tres, pudiendo constituir cada parte, por sí sola un libro autónomo. En la primera, *La metafísica de la mente y la ciencia del hombre. Mente y naturaleza humana*, se va a «constituir», desde una posición ontológico-historicista, al hombre. Primero a través de la aproximación a la definición abstracta del hombre. Y comienzan las resonancias poéticas que no anulan sino que, más bien al contrario, refuerzan las determinaciones conceptuales y teóricas que seguirán. El hombre como ser partícipe de razón, partícipe y no dueño en absoluto se nos dice en la página 79. La génesis de tal afirmación es la distinción entre «*intelligere*» y «*cogitare*» (entender y pensar). Entender es conocimiento pleno y perfecto de la totalidad y se identifica con el propio acto de la creación. *Entender es crear*. Esto sólo puede ser propio de una mente infinita (Dios). A la mente humana, por sus propios límites, ella *misma*, le corresponde el pensar (*cogitare*) «andar recogiendo» los elementos constitutivos extrínsecos de todo aquello que esta más allá de ella misma. Por eso el dominio no es absoluto. El hombre se presenta más bien como un ser finito que tiende al infinito (Parte I, Sección I, capítulo 2).

La propia constitución humana, ánimo y cuerpo, limita, por una parte, pero abre la mente humana hacia la posibilidad infinita por otra. Según Vico «del ánimo y del cuerpo deriva su posibilidad» (pág. 84) y lo que caracteriza al hombre es la «indefinida naturaleza» de su mente. La naturaleza humana no es rígida, inmutable, cerrada, sino que está en constante movimiento, devenir, lo que genera nuevas alternativas, cruzándose y mezclándose nuevas posibilidades hasta dejar el campo de las probabilidades de acción inconmensurablemente abierto, constituyendo su historia. Nos situamos ya en la constitución abstracta del hombre. Sus propias posibilidades de acción van a definir su historicidad, su propia dimensión histórica intrínseca a la misma naturaleza humana. El conocimiento y la determinación científica de la historia humana.

Asistimos así (en el punto 4, capítulo I, donde hay que avisar sobre sobre la errata del cambio de las cabeceras de los puntos 3 y 4 en el índice) al surgimiento de las condiciones que van a dar lugar, según Vico, a una verdadera ciencia histórica del hombre. La constitución de esa verdadera ciencia pasa por una determinación metafísica de la *mens*. «Del 'alma' puede decirse *mens* como autoconciencia, conciencia humana de ser espiritual, de saberse finito pero abrirse al infinito, de sentir la *libertad de hacer* y las indefinidas posibilidades de la acción» (pág. 95). La realidad total es el campo de operaciones de la mente, una realidad total que se incluye a sí misma y a la propia mente.

La determinación metafísica de la mente constituye el objetivo del segundo capítulo de esta primera parte. Esto va a plantear problemas de tipo gnoseológico, ¿qué es lo «verdadero» que

la mente conoce o puede conocer?, y problemas de tipo metodológico, ¿cómo acotar y determinar el conocimiento que se corresponde con lo «verdadero» y que constituye el objeto de la *mens* y, por ello, de la ciencia de la *mens* y de la historia de esa *mens*, de la humanidad? La respuesta de Vico generará esa doble articulación metafísica de la *mens*.

El campo de acción de la *mens* es el propio mundo, su obra. Mundo que se abre, por una parte, a lo humano, y, por otra, a lo natural, constituyéndose así una triple división metafísica de la realidad en tres planos: el divino, el humano y el natural. Sólo así será posible la determinación de lo verdadero en una identidad entre metafísica y verdad, campo de acción de la *mens*, porque como el napolitano dice en el *De Antiquissima*, «la metafísica es la fuente de la verdad, que de ella fluye a todas las demás ciencias.» (pág. 109)

Sobre esta idea Vico esboza un proyecto constitutivo, que pasa por: 1º) Delimitar el campo de la metafísica, es decir, ¿qué cosas deben ser tratadas? 2º) Delinear una idea de metafísica totalizadora sobre la que pueda trabajar la suya propia. 3º) Fundamentar esa metafísica propia «en la cual el hombre ha de *conocer y explicar su mente*, purísima y simplísima cosa» (Vico, *Risposta II* en *Opere Filosofiche*, ed. Cristofolini, pág. 135). Es sobre este sistema totalizante que penetra el criterio *verum-factum*, determinándose la escala de científicidad por los grados de verdad, y el criterio de valor es de causalidad, de identidad con lo hecho verdad incluida.

A partir de aquí Vico establece una tipología científica penetrada de platonismo (estamos hablando de la primera etapa del pensamiento viquiano) que persigue una indagación metodológica útil. La ciencia humana es más cierta así cuanto más creadora de las verdades que estudia, razón por la que resultan más exactas aquellas ciencias en las que lo verdadero y lo hecho se convierten. Verdad metafísica equivalente a la luz que nos permite ver los oscuros principios de la ciencia. «La metafísica es una ciencia que tiene por objeto la mente humana: por eso ella se extiende a todo aquello que puede pensar el hombre.» (Vico, *Opere*, a cargo de Nicolini, pág. 944)

Aquí se constituye la *ciencia metafísica*, una nueva metafísica que considera el *mundo histórico* como el verdadero mundo donde el hombre ejecuta su acción y busca la verdad, convirtiéndose por ello en sujeto-objeto de la ciencia humana, y al mismo tiempo fundamento de la nueva metafísica concretada en filosofía del hombre. Se produce ahora un salto epistemológico, no casual, fundado y fundamentado en la investigación de los principios constitutivos históricos del Hombre, que convierte la nueva ciencia en *sabiduría poética* partiendo de lo que el napolitano llama «metafísica toscana», «de la cual como un tronco, se derivan por una rama la lógica, la moral, la economía y la política, todas poéticas; y por otra rama, también todas poéticas, la física, madre de la cosmología, y por tanto de la astronomía, que nos da la garantía de sus dos hijas, que son la cronología y la geografía.» (Vico, *SN*, 367, cit. por Sevilla, pág. 116)

No es casual desde luego, esta tipología operativa basada en relaciones paterno-filiales, como veremos posteriormente en otros apartados, en cuanto la familia, sus relaciones intrínsecas y extrínsecas, interiores y exteriores que mantiene, constituye para Vico una categoría conceptual y operativa básica de la propia constitución de la historicidad humana, además de una categoría descriptiva del saber social. «En sentido estricto, dicha *metafísica* es una metafísica de la naturaleza de la mente humana que se desarrolla en su historia, y cuya

historia de su desarrollo constituye su propia ciencia.» (Sevilla, pág. 117) Lo que se está afirmando, en definitiva, es que lo que Vico llama *la naturaleza de la mente humana*, que constituye la nueva metafísica, es la historia del hombre y por extensión de las cosas humanas en su constante hecerse y rehacerse desde presupuestos una veces asumidos y otras no, pero siempre operantes en ese constituir la historia que es primero ejecutarla y luego pensarla según los criterios de verdad de esa ejecución. Lo que sigue es el desarrollo, por parte del autor, de la constitución en sus orígenes de esa «mens humana», clave interpretativa desde la historia primitiva hasta la actual para Vico. Se nos presenta así, *la mente primitiva* de naturaleza poética (fantástica e ingeniosa) y de carácter corporeísta que impulsa, y habría que subrayar esta impulsión, al hacer cosas concretas, al pensar cosas concretas, como una primera forma de metafísica, que además, afirma el autor siguiendo toda una gama de opiniones -que van desde Spaventa a Croce, Gentile, Badaloni, Pompa, Candela y Sciacca-, se presenta como opuesta a *la metafísica tradicional*.

Tres puntos resaltamos que basan la nueva metafísica histórica o como Vico también la llama, extendiéndolo a su obra, la Ciencia Nueva (*Scienza Nuova*, 1725, Cap.IX,L.I). 1º) Necesidad de investigar los principios de la naturaleza de las naciones con la metafísica alzada a contemplar una cierta mente común de todos los pueblos. 2º) (Parágrafo 331 *SN ed. 1744*). Conocer con «verdad» el mundo humano a través de los *principios* originales contenidos en las mismas modificaciones históricas sufridas por la propia mente humana. 3º) En el mismo parágrafo identifica Metafísica e Historia, ciencia verdadera, en cuanto la metafísica no es sino la historia de la mente, de las ideas humanas en todas sus manifestaciones.

El punto dos del capítulo II se abre con la interpretación e investigación de lo que Vico entiende por *mente* (mens), avisándonos el autor que el calificativo de *divina* que el napolitano le aplica no es sino una metáfora epistemológica (pág. 125). La primera característica de la mente, ya en sus orígenes, es la limitación (finita y formada). Esto mismo es lo que la empuja a ser dinámica y operativa y a desplegar sus «facultades» (facilidad de hacer). ¿Cómo desde esta caracterización puede, pues, entenderse la mente de otros hombres? Aparece entonces una segunda característica. La fantasía como modo genético de conocimiento; como modo de «entendimiento» que exige «descender de nuestras naturalezas civilizadas a aquellas enteramente fieras y crueles que de hecho es imposible imaginar y solamente con gran esfuerzo nos está permitido entender.» (*SN*, cit. por Sevilla pág. 128) Vico aplica en su modo de *interpretar* la historia el mismo esquema que emplea para *explicar* los orígenes y el propio desarrollo de la historia de la humanidad, ya que «los hombres primero sienten sin advertir, después advierten con ánimo perturbado y conmovido, y finalmente reflexionan con mente pura» (*SN*, 218). Surge así, una tercera característica de la mente primitiva. La «impureza». Aquí, según interpretamos, el autor, siguiendo a Vico, piensa que esta característica es sólo atribuible a la mente primitiva como *modo* de ser que posteriormente desaparece cuando se introduce la razón y la conciencia se convierte en autoconciencia totalmente desarrollada que capta en su origen un elemento contaminado en esa falta de puridad.

En relación con el concepto de mente se obtiene el de naturaleza, aquí surge el verdadero significado de lo que el napolitano llega a entender por mente. En primer lugar *entendimiento*, en una acepción particularista que junto al ánimo o voluntad define al hombre en su ser mismo.

Desde una perspectiva general, se pueden rastrear varias definiciones de la mente como materia metafísica o espiritual, *potencia divina* que hace del hombre un dios y que se articula a través de sus facultades o facilidades de hacer y de disponer del mundo. Desde aquí el autor encuentra que Vico rompe con el perpetuo dualismo de cuerpo y alma a través de la consideración de la mente, en expresión «más metafórica que metafísica» (pág. 132) y no muy clara, como esfuerzo del hombre entre el mundo natural y Dios. Una segunda significación del concepto mente nos la presenta como algo «común» de los hombres a través del «mundo de los ánimos, que es el mundo civil, o sea el mundo de las naciones» (cit. por Sevilla pág. 133). Concepto de «mente» bastante confuso, nada claro y expresamente poco definido por Vico, «aunque sí infinitamente usado» por viquianos posteriores, lo que da lugar, en el libro que nos ocupa, a una revisión de los caracteres hegelianos y prehegelianos supuestamente presentes en la obra del napolitano (según algunos defensores e intérpretes), con lo que se cierra el capítulo II de esta primera parte, afirmándose que la *SN* presenta una definición de la mente humana en cuanto histórica y en su definición comunal (civil y social) de desarrollo (pág. 137), que en la segunda parte del libro constituye el eje de estudio e interpretación de Sevilla.

El capítulo III se presenta como un estudio intensivo de la *interioridad del hombre* (mente y ánimo). La *mens* se va concretando en su estructuración histórica mediante la introducción, como rasgo fundamental, de la definición del hacer, «su capacidad de hacer, su *facienda solertia*» leemos en la pág. 144. Es con este hacer con el que el hombre se inscribe en la historia, un hacer que viene dado por los propios medios y determinaciones de la mente a través de su historia concreta, constituyéndose así una relación bilateral entre la ocurrencia histórica y el proceso de constitución de la mente humana. Resalta así, la dimensión fundamentalmente histórica del hombre, una dimensión que lo hace humano, demasiado humano, pues sin ella se perdería entre la nada y la transcendencia absoluta, sin llegar a ser *ser*, es decir, verdadera naturaleza histórica. Por ello en los orígenes de lo humano es donde se instala el origen de la metafísica. El punto de partida de la historia de la naturaleza humana son los *uomini bestioni* (salvajes, feroces, solitarios y sin uso de razón), se guían por el «instinto», un instinto enraizado más en la mente que en el cuerpo. Desde aquí se despliega la capacidad racional parejamente a su desarrollo histórico. Las fases del desarrollo de la mente humana siguen la correspondencia con el desarrollo evolutivo-histórico de la especie. Sentir, imaginar (recordar e ingeniar) y reflexionar. «En el desarrollo de cada nación, en la vida histórica de los pueblos, cada etapa... se corresponde con un *modo*, concretado estado, de la mente humana. (...) la mente puede y debe ser el hilo de Ariadna que guíe a la Ciencia Nueva por el laberinto, según se adentra más oscuro, de pensamientos, acciones, creaciones y expresiones que conforman el mundo histórico humano.» (Sevilla, pág. 148) Sobre esta problemática originaria se inscribe a continuación, casi durante veinte páginas, una concienzuda, sistemática y academicista revisión, probablemente reducible, sobre la metodología básica viquiana de interpretación, análisis y exposición del ritmo de desarrollo histórico según parámetros diádicos o triádicos, diadas de ritmo ternario, tríadas que se reducen a diadas, esquemas dicotómicos genéricos que se aplican sobre esquemas triádicos precisos, tríadas no ajenas al abreviarse en diadas, biparticiones que se superponen a triparticiones, ordenaciones triádicas flanqueadas por ordenaciones diádicas..., instrumentos conceptuales que nos introducen en el punto dos del Capítulo, sobre la *mens* como mismidad, característica

que se apareja con la de desarrollo; pues solo desde y en sí misma puede la mente abrirse a las modificaciones de la historia, a la propia historia. Es la propia mente humana la que expresa el ser del hombre en su completa mismidad a través de su actividad más auténtica, el «conato», fuerza espiritual de la mente o movimiento metafísico que posibilita la construcción y el desarrollo históricos. Ello a partir del orden de los tres aspectos básicos de sentido, fantasía y razón, modos que sustentan las tres *facultades* (capacidades de hacer con facilidad en cuanto inherentes y consustanciales al poseedor) también básicas, de la mente humana: los sentidos, la imaginación y el intelecto racional, orden de sucesión que recoge «todas las manifestaciones de la vida de la humanidad» (pág. 168); y se corresponde con tres tipos de épocas históricas: divina, heroica y humana. Manifestaciones o modificaciones distintas de la única realidad constituyente, la mente en-sí-misma, cuyo desarrollo viene posibilitado por tres pares dicotómicos de modos de ser de la mens: 1º) modo-carácter inmediato frente al mediato posterior, 2º) modo-función espontánea frente a la reflexiva y 3º) modo-manifestación poética frente a la meditativa. Esto nos introduce en el punto tercero del capítulo.

¿Qué significa para Vico el término «modificaciones de la mente»? Desde el inicio nos avisa el autor de que para el napolitano se da una identificación semántica entre *naturaleza* y *modificaciones* en lo referente a la mente humana, así toda modificación no es sino *forma de ser*, elemento constitutivo de la propia mente. Estrictamente define las modificaciones como «generos» o «guisas» o «formas», «especies», «simulacros» o «apariencias», «manera como algo se hace», «donde alguna cosa se forma» (Vico, *Risposta I* en *Op. Fil.*, pág. 136, -«generi» o «guise» o «modificazioni» o «forme»-). Lo cierto es que la misma definición viquiana, perteneciente a la «primera» metafísica de la mente (principalmente DAIS) no nos aclara muchas cosas, aunque el autor nos precisa el concepto como «modo productivo, operativo, causal, que por su carácter de género puede entenderse en un sentido explicativo de modelo». (Sevilla, pág. 177), que sólo tendrá verdadero sentido a la luz de la *Scienza Nuova*. De cualquier forma esa ambigüedad propuesta es la que permite imbricarlas también en el desarrollo de la propia historia de la mente humana, que no es sino la historia de la humanidad, considerando las modificaciones como estructuras formales que determinan las formaciones culturales y sociales en la historia. Principios epistemológicos y prácticos, operantes y operativos, que producen economía, derecho, política, arte, ciencia, filosofía... Se cierra la primera parte con un cuarto capítulo que considera los caracteres de la mente y constituye el último elemento en la sistematización conceptual del término *mens*, sujeto-objeto de la metafísica, la antropología y la historia, núcleo en una palabra de *Ciencia Nueva*. En este capítulo, punto uno, se distingue entre movimiento y conato. La primera diferencia entre ambos es el carácter físico del primero y metafísico del segundo. Este a su vez es esencia frente al carácter existencial del primero, pura naturaleza necesitante de poder para comenzar el movimiento. Por ello lo caracteriza, también, como *vis* y *potestas*. Después de algunas distinciones más, de carácter metafísico y resonancias cartesianas, Vico lo precisa como *fuerza* de la mente, poder esencial que en cuanto forma parte de su actividad la constituye. Es así, por tanto, característica esencial y propia de la mente humana. Como poder esencial o fuerza es raíz del hacer y del obrar, trasladándose a la esfera de la voluntad y marcando con su actividad el ánimo del hombre, manifestándose en las *facultades*, habilidad de hacer o «facilidad por la que la virtud se pone en acto» (pág. 196). Estas

facultades humanas son: sentido, fantasía-memoria-ingenio e intelecto. Algunas de las demostraciones empirico-filosóficas del napolitano son bastante confusas. No obstante, siguiendo este criterio, desarrolla la adecuación entre facultades de la mente y del ánimo como modos básicos operativos que se trasladan en su desarrollarse propio al proceso histórico de la humanidad, que como todo orgánico tiene un primer momento donde prima el «sentido» manifestado por los primeros poetas, hasta una fase donde se instaura el «intelecto» y que se expresa mediante los filósofos, siguiendo una lógica interna que se afirma sobre el criterio de la *facultad cierta* que identifica rango epistemológico y rango prático ya que «cuando entendemos una cosa la hacemos», y que hace de la filosofía método empírico de contrastación apoyado en la tópica, «arte de descubrir», y la crítica, «arte de juzgar». El último punto que cierra el capítulo y la primera parte del libro recoge las consideraciones sobre «El ingenio como *naturaleza peculiar* del hombre». Ingenio designa el elemento constitutivo mas «peculiar» de la naturaleza humana, la actividad *inventiva*, facultad propia del saber consistente en unir cosas separadas y distintas, mediante la que el hombre se pone en y se relaciona con el mundo desde la libertad individual al modo de un «Dios de las cosas artificiales. « (Ver cita 64, pág. 209) Hasta aquí el autor, dejándose llevar en muchos casos por la fuerza poética del napolitano, intenta no sólo demostrar sino también dar fe de la verdad efectiva y sistemática de la *Ciencia Nueva* y de la labor viquiana como intento de explicación global del hombre en su raíz profunda metafísica y antropológica. Por ello a veces, nos ha encerrado en discusiones y planteamientos categoriales e interpretativos a la búsqueda de una consistencia y coherencia, que no es que falte ni mucho menos en el napolitano, pero que sólo es posible siguiendo el método genético-tópico, tan querido para él, desde la consideración de sí mismo, de una *visión* de la visión, de modelo orientativo, interpretativo si se quiere, dentro del inacabado modelo del continuo proceso histórico de constitución de la mente, en el cual todavía estamos; al modo de una segunda hermenéutica.

La segunda parte del libro es la aplicación, no olvidando que aquí *aplicar* también quiere decir *constituir*, de esos principios que fundamentan la mente al propio proceso de desarrollo y apertura a la historia que constituye lo social del hombre y sus manifestaciones concretas. Esta segunda parte, *Hombre, Sociedad e Historia*, constituiría por sí sola un libro independiente, tan sólo subtitulándola, por ejemplo, *Aplicación de los principios constitutivos y operativos de la SN a la realización sociohistórica de la mente (mens)*. Consta de un capítulo menos pero 35 páginas más que la primera, continuando en la misma línea de densidad, minuciosidad y rigurosidad. El primer capítulo versa sobre la definición de la naturaleza humana como sociable e histórica; es una demostración a partir de la identidad entre mente y desarrollo, entre hombre e historia. El segundo capítulo estudia esa correspondencia genética a través de la aparición de modos primigenios de conciencia cristalizados en formas sociales básicas, religión, Estado, moral y derecho. Se cierra con un tercer capítulo de carácter recursivo que se detiene en un análisis, tal vez no tan necesario en la estructura general de la obra, de términos que constituyen mejor categorías operativas ya analizadas, pero que ofrecen una visión panorámica y sistemática, al mismo tiempo que síntesis, de lo realizado. Veámoslos más detenidamente.

El capítulo I de esta parte se abre con el planteamiento viquiano sobre la naturaleza humana constituida en historia y sociedad. El primer punto determina la naturaleza sociohistórica del

hombre a partir de la más «radical» naturaleza humana. Para Vico, el origen y desarrollo de la historia humana, y de la historia como ciencia, se ajustan al esquema de la propia naturaleza humana, constituyendo una «dimensión fáctica» de ésta con la que nace y funda un proceso reversible en el que la historia es producto de la naturaleza del hombre a la vez que ésta solo se puede entender verdadera y plenamente en la historia. «(...) La historia es construible científicamente sólo desde los datos derivados de la naturaleza humana, a la vez que un conocimiento verdadero sobre la naturaleza humana tiene que provenir necesariamente de la historia misma.» (Sevilla, pág. 222) La historia del hombre no es sino la Historia, supone el desarrollo de la «sustancia humana» en todos los ámbitos en los que se manifiesta denotando, además, el carácter dinámico de esa naturaleza que adaptándose transpasa el tiempo real y lo constituye en histórico; al mismo tiempo que fija esa naturaleza a una sustancia dada, constante que no inmóvil, que se manifiesta indisolublemente unida en su historicidad con lo social, lo que define su aspecto real histórico.

Pero la historia tal como la concibe Vico no es sólo el desarrollo de las ideas, sino de las costumbres y de los hechos, tres dimensiones que implican todo lo que está más allá del propio individuo. La sociedad, lo trascendente, la ciencia y el conocimiento, caracterizado todo ello por la búsqueda constante de perfectibilidad o dicho de otro modo de «la conformidad de la naturaleza humana con su mundo propio» (pág. 230) en unos ciclos recursivos espiralmente figurativos, en los que nunca el estado más inferior del bucle siguiente supone menos perfección que el superior anterior, porque la *fuerza de la razón* se despliega como constitución de la verdad. Ello es posible por la naturaleza común del género humano que posibilita, según Vico, el establecimiento de teorías, axiomas y principios desde donde comenzar la investigación histórico-filosófica hacia determinaciones que posteriormente confirmarán con su positividad la verdad de aquellos.

Lo que sigue a continuación es una cuidada elaboración hermenéutica conteniendo supuestos y contrastaciones sobre el tipo de conocimiento que puede fundamentar el establecimiento de los principios operativos antes descritos.

El elemento que posibilita el tipo de conocimiento mediante el cual otros hombres pueden hacer ciencia sobre dimensiones humanas, aunque no hayan sido sus fundadores y estén alejados en el tiempo, viene definido como *Verstehen* (comprensión). Concepto que, evidentemente, Vico solo intuye a partir de la consideración del mundo social e histórico como producto de la actividad pensante y la creatividad humana, mundo del cual el hombre es «autor» y «actor». Seguidamente se desarrollan más pormenorizadamente las implicaciones antes descritas: influjo recíproco entre los contenidos de la conciencia y las instituciones humanas, el *senso comune* o sentido común del género humano, como criterio del entendimiento práctico a medio camino entre lo verdadero y lo falso, afirmado sobre el principio de que lo sentido en determinada dirección «por todos o la mayor parte de los hombres» ha de constituirse en regla de convivencia. En este apartado el autor se deja llevar, probablemente, por la pasión hacia Vico. Luego de darnos algunas de las definiciones del napolitano en las que recoge la definición del término y sus fundamentos axiomáticos nos muestra las excelencias y clarividencias del concepto como guía de la vida social y baluarte del mantenimiento de la sociedad. Todo ello enmarcado en una teoría histórico-sociológica que afirma que si la razón no llega «a coordinar

con la intelectualidad el *sensu comune*, estará destinada inexorablemente al *barbarismo de la reflexión*, a la decadencia de la vida en sociedad y a la degradación de los principales valores humanos. La pérdida del *sensu comune* para una sociedad lleva consigo el germen de desintegración de los elementos de cohesión social.»(pág. 266) Visión un tanto pesimista en la que parece concluirse o el sentido común o el caos. Tal vez por ello el siguiente apartado trata sobre la idea de orden, para cuya satisfacción los hombres «crean instituciones primeramente por la fuerza y casi sin saber, y frecuentemente en contra de sus propios deseos e intenciones, pero llegan a ser capaces de institucionalizar la razón.»(pág. 271) Se cierra, por último, el capítulo con una nueva determinación (doble en este caso) sobre la relación mente-historia, sendas miradas sobre el historicismo y el antropologismo como modos de analizar tanto la historia como la mente. «Cada momento y cada grado de un proceso histórico lo es para Vico del progreso o de la regresión de la mente humana y, también, del progreso o decadencia de la vida social.»(pág. 273) Esto le lleva al planteamiento del problema de la causación histórica. Pretendiendo escapar tanto del determinismo como del azar, Vico, introduce un orden (ideal) providencial (providencia inmanente a la historia misma) que llega a explicar la *heterogénesis de los fines*. Vico es bastante optimista, ahora, al utilizar como criterio de validación una identidad genérica entre el historiógrafo y su objeto, entre quien describe la historia y el agente histórico que la ejecuta, «cuando se da el caso de que quien hace las cosas es el mismo que las cuenta, no puede ser más cierta la historia» (Vico citado por Sevilla pág. 277), olvidando en una referencia previa a Maquiavelo que para éste la historia no es tanto historia de las pasiones sino historia de la razón que comprende a las pasiones y las domina poniéndolas a su servicio y por tanto, también, su manifestación en instituciones. Vico supone un orden lineal e igualitario en el reparto del conocimiento social que difícilmente puede encontrarse en la historia y mucho menos en la ciencia histórica. Habla de esencias de «humanidad», de «mundo histórico», de «mente» y de «historicidad» y reconoce sin decirlo nunca y a pesar de los intentos de huida del racionalismo, una razón cognoscitiva que hace la historia y recoge sus frutos, siendo además de carácter perfectamente definido, metafísico.

En definitiva podemos resumir las conclusiones viquianas así: El mundo histórico es obra del hombre por lo que este puede tener ciencia de aquél. El orden del mundo histórico es el de la mente (humana), por lo que el conocimiento de uno se origina e implica al de la otra y viceversa. A partir de esta identidad resulta evidente que las manifestaciones y expresiones de la mente que constituyen la realidad humana deban comprenderse en su historicidad y viceversa. La historicidad es el carácter constitutivo de la naturaleza humana y viceversa.

El capítulo II, *La estructura mental y la realidad histórica...*, se articula sobre cuatro puntos que manifiestan los modos de aparición primigenios de la consciencia. Se trata de determinar las estructuras básicas a partir de las cuales y dentro de las que se genera y desarrolla la mente y la historia indistintamente como caras de una misma moneda. No se aparta Vico de su línea interpretativa cuando genera como primeros grados de manifestación de la mente realidades espirituales y formales (religión, sociedad civil y derecho) presentes en la naturaleza común de los hombres, «que nos aparecen uniformes, habiéndose originado y por tanto siendo naturales de pueblos desconocidos entre ellos, son *ideas* que deben tener un *motivo común de verdad*.»(pág. 308) y puesto en relación, a su vez, con el *sensu comune* antes descrito. El punto de partida

primario es, para Vico, la religión. Realmente no dice la religión sino las religiones: «el mundo de los pueblos en todas partes comenzó por las religiones» (SN, 176). Es realmente una diferencia sustantiva que realiza el autor porque como principio interpretativo es esencialmente operativo y le permite, sin entrar de momento -lo hará a continuación- en las distintas manifestaciones de la «idea», abrazar el origen de toda constitución social bajo la categoría de «religiones». «Mediante la *idea* de una divinidad los hombres *crean* la religión» (pág. 315). Ahora bien, los elementos que fundamentan la aparición de la religión, cuales son la ignorancia, la curiosidad, el terror, la maravilla y el asombro, resultan todos de carácter epistemológico (irracionales pero epistemológicos) y no obstante presuponen, según Vico, ausencia de todo raciocinio (pp. 314-315) pero capacidad para transferir contenidos de carácter ignoto a entidades no del todo desconocidas pero totalmente fuera de la comprensión común. Respecto a la religión, Vico mantiene una doble caracterización. Una primera objetiva, como factor histórico y social fundado en la mente humana, principio del *senso comune*; y una segunda «subjetiva», como providencia inmanente que el hombre «coloca» o sitúa. Su origen estriba en el temor, miedo a lo sobrenatural y desconocido. «Tales factores constitutivos se hallan unidos en el pensamiento mítico, tal que religión y mito son inseparables en el mundo primitivo.» (Sevilla, pág. 319)

A pesar de esto, para Vico, la religión puede evolucionar desde su origen en una mente negada a la racionalidad, a las elaboraciones altamente complejas y sistemáticas de las religiones monoteístas, en las cuales la fe se basa en la renuncia de la razón a ir más allá de lo posible, aunque lo acepte. En el apartado siguiente (1.3) *Teoría del temor*, el autor dedica catorce densas páginas a fundamentar y justificar la teoría viquiana del temor como origen de la religión, apoyándose, o mejor imbricándose, en los aspectos mitopoéticos y morales de esta manifestación mental-cultural; consciente, no obstante, de las ambigüedades del napolitano. «Con bastantes dosis de imaginación, pero creíble en lo sustancial, Vico describe, y esto es lo importante...» (pág. 327) «Así piensa Vico con verdad de razón que prueba ser verdad de hecho... explica, con una teoría ingenua pero con cierta lógica argumental...» (pág. 328). E incluso llega a distinguir, analizando el primer estadio del desarrollo humano, entre «superstición e idolatría», para resumir que «del miedo que es irracional, surge el primer hacer humano, que aparece en relación a lo divino; los hombres temiendo *fingen* y *creen* aquello que imaginan.» (pág. 322) Aunque sus dudas debía de tener Vico, cuando afirma que la «sabiduría poética» tiene origen en una «metafísica» también «poética» que consiste en relacionar las cosas humanas con las divinas, constituyendo el primer factor de «humanización» y el primer vehículo de socialidad, civilidad y cultura.

Nos parece, pues, que Vico otorga implícitamente un alto grado de formalización y sistematización, con lo que esto conlleva de prolija actividad racional, a las religiones arcáicas y primitivas. Muchos de los aspectos que resalta los había descrito antes Maquiavelo, referido siempre, efectivamente, a las religiones altamente teologizadas, es decir, con un aparato formal y lógico, racional, de explicación de la divinidad. Se estaría de acuerdo con el napolitano, considerando un punto límite ubicable en la religión griega, por supuesto la judía que siendo anterior aparece de las más sistematizadas, pero resulta difícil la aplicación del esquema y la aceptación de los resultados a las religiones más primitivas, por mucho que se aplique la escala

genética, convirtiendo en tautología el hecho de que los principios del mundo humano puedan ser conocidos y que pueda tenerse ciencia del hombre y del mundo histórico, «que la ciencia sea válida es lo que cuenta» (pág. 336). Pero ¿cómo calibrar la verdad *careciendo de razón*? «De los primeros hombres, *que vivieron de hecho un estado bestial y feroz*, dispersos por las selvas en *inestable* comunión de hombres y mujeres, unos pocos, *(los mas robustos se sintieron espantados* en sus mentes con ocasión de excepcionales fenómenos naturales, *aterrándose* a sí mismos con la *idea* de un poder superior y sobrenatural, desatándose en sus mentes *carentes de razón* (inmersos en los sentidos, oscurecidos por las pasiones y del todo sepultados en los cuerpos) el *conato* o esfuerzo mental, fuerza espiritual que hace nacer el *pudor*.» (pág. 338)

La siguiente parte del capítulo está dedicada a la estructura civil del Estado como segunda forma de aparición primigenia de la consciencia. Enraizándose en la religión como primera fuente de poder, siendo además la consevadora, todas las relaciones básicas sociales (matrimonio, familia y Estado en cualquiera de sus manifestaciones) están referidas de un modo u otro a aquélla; aunque los términos en que lo plantea se asemejan más a las relaciones mantenidas en las religiones paganas, que se constituyen sobre relaciones de clase alrededor de la distribución del poder y conocimiento religioso, que al fundamento de la religión cristiana o de cualquiera otra monoteísta.

Afirma el napolitano que en todos los comienzos históricos de las naciones es «el otro pueblo», el pueblo oprimido y sin derechos, quien modifica históricamente las formas sociales y produce el cambio. Los fundamentos y justificaciones de esta lucha de clases están sutilmente hilvanados, oscilando entre un orden natural, que es el de la justicia impuesta por la clase dominante, y la toma de consciencia de la «igual naturaleza» por parte de la clase dominada, que se traduce en justas reivindicaciones y pretensiones de cambio. Todo ello, según parece, desde una perspectiva a pesar de su compleja elaboración, bastante alógica, por no decir irracional. Como se supone son los orígenes oscuros de la historia. El método genético o filosófico-etimológico, pensamos que empuja a Vico, en muchas ocasiones, a contradicciones y tautologías recogidas en una tendencia al uso de amplias categorías descriptivas de carácter muy general y ambiguo. Así Vico establece como ley la relación socialización-sedentarismo agrícola, constituyéndolo en tautología. Si bien es cierta esa relación no quiere decir que antes no se diese el carácter de socialización. En el siguiente apartado aprehendemos cómo Vico establece como primera costumbre humana el enterramiento de los muertos, la sepultura. También aquí ve un alto componente irracionalista que él llama poético, a pesar del reconocimiento de motivos altamente complejos que van desde cuestiones ecológicas y sanitarias hasta la sustentación de la propiedad privada e incluso, subsumiéndolo en esta primera costumbre, la creencia en la inmortalidad del alma.

El cuarto punto, *El Derecho como expresión de la naturaleza humana*, es uno de los más elaborados, sin duda por los profundos y profusos conocimientos que el italiano tenía del Derecho. Supone la última manifestación primigenia de la consciencia historizada y su punto de partida es el derecho natural de gentes. En su origen, también el derecho fue poesía, imitación de lo verdadero. Su nacimiento es espontáneo y uniforme a todas las naciones como producto de las necesidades de la vida social. No obstante, la idea del derecho es congénita a la idea de la «providencia», para convertirse luego en *senso comune*, en los nebulosos términos que la

entiende Vico en los primeros orígenes de la humanidad, distinguiéndose un primer derecho divino, un segundo heroico o de la fuerza y un tercer «derecho humano dictado por la razón humana toda desplegada»(pág. 390). El derecho, por supuesto, también se realiza en la historia a través de tres especies de «autoridad» y de tres tipos de «razones» o derechos. La primera autoridad es la divina y de ella derivan tres tipos de derecho (dominio, tutela y libertad). Según Vico, las cosas fuera de su estado natural ni permanecen ni duran y el estado natural de la sociedad es la estructura jurídica, expresión de la naturaleza humana a través de la recta fuerza de la verdad. «Vico demostrará -según sus propias palabras- que es la verdadera naturaleza social del hombre, y con ello que existe un derecho natural.»(pág. 395)

Es así el valor histórico de lo justo, cuyo fundamento de verdad es la *ratio*, lo que anima desde un principio el criterio del *sensu comune*: «aquello que es sentido como justo por todos o por la mayor parte de los hombres debe ser regla de la vida social»(pág. 397). Este *sensu comune*, determinación del libre albedrío, es *sentido* común en torno a las necesidades y utilidades humanas, «dos fuentes» del derecho natural de gentes. El último punto de este apartado está dedicado a profundizar en la socialidad como caracter básico de la naturaleza humana y la *comunidad* como categoría histórica. Para Vico es lo mismo la «naturaleza social del hombre» y la «sociedad» humana. «Lo humano» se origina, conserva, mantiene y dura con lo social. La socialidad es para el napolitano una *valencia supraindividual* que a partir de la naturaleza sociable humana genera la naturaleza simbólica, la naturaleza ingeniosa, la naturaleza espiritual, la naturaleza histórica y se manifiesta esencial en la categoría de comunidad, a través de la cual Vico expresa su concepción sobre la socialidad. Así la existencia puramente «solitaria» (que no individual) es exclusivamente «corpórea», y se da solo en el tiempo bestial del *erramento ferino*. De aquí a una primera forma de sociedad ordenada en comunidad familiar y otra evolución a nivel más complejo e integrador que en cuanto no es «sociedad» en sentido estricto, no es sociedad civil, Vico lo determina como forma preestatal.

Para el napolitano el impulso de constitución de la verdadera sociedad (sociedad civil) pasa por la religión, la imaginación y la consciencia moral. Y es a partir de esta socialidad que se constituye la Humanidad a la que, denotando caracter optimista, define como afección que impulsa al hombre a ayudarse recíprocamente o a que cada hombre sea Dios para sus semejantes. También en la base de la socialidad está el *sensu comune* como elemento de integración y configuración social.

El último capítulo es el más breve y el más sintético en el que se pone en relación la naturaleza humana primitiva y la génesis de la consciencia mítica sobre la que se constituye la «sabiduría poética». Resumidamente se nos ofrece un repaso a todo lo tratado hasta ahora, pero ahondando en las claves interpretativas y analíticas. En la consciencia primitiva está el primer sentido de la existencia comunitaria. Los caracteres poéticos o universales fantásticos como llave de *comprensión* del propio generarse la consciencia y hacerse intrahistoria con y en sus manifestaciones. Así, «la forma de producción imaginativa (lógica y metafísica poéticas)... es el modo de adquisición de identidad y de consciencia (pueblo) en una fase originaria y primigenia.»(pág. 449) La historia comienza historia poética, historia de la voluntad que hace surgir los *universales fantásticos* como forma de pensamiento y de lenguaje metafóricos y, en cuanto tales, vehículos, también para el científico, de comprensión del pasado y de la lógica

primitiva (poética o fantástica). A partir de aquí se organiza la sabiduría poética (*sapienza poetica*: conocimiento alógico, espontáneo, intuitivo y fantástico) como opuesta a la *sapienza profonda* (conocimiento intelectual, lógico, abstracto y racional). Y no obstante una y otra considerarían «la mentalidad, la cultura, la religión, los usos y las costumbres, las formas de relación social, los modos de expresión artística... es decir, todos los componentes teóricos y prácticos de la vida humana primitiva.»(pág. 450)

El último punto advierte y reflexiona sobre la peculiar metodología viquiana. Una metodología que no solo tuvo que construir el propio Vico para usar sobre una ciencia, sino comprendiendo que esta misma ciencia era ella metodología. «Debió, pues, y así lo hizo, principiar método y materia.»(pág. 454) Encontramos así justificación para aseveraciones de este tipo: «...basándose en una primera intuición acerca de que alguna razón debía existir...»(pág. 454); «...en la *Ciencia Nueva* la definición procede de aquello que quiere ser definido...»(pág. 455); «...el mérito de Vico consistía en haber sido el primero en soslayar una imagen concreta de la estructura espiritual del hombre llamado *primitivo*. (...) fundamentando un primer momento que no es *lógico* (racional) sino *poético*.»(pág. 457); «...su propia metodología poética aplicada y su línea de razonamiento concretada con la fantasía (...) consigue que a veces quien sigue su lectura no acabe de entender plenamente a la primera lo que se pretende explicar.»(pág. 459) «Su ciencia sobre la sociedad o sobre la cultura, o la ciencia sobre la historia humana, no parte de ninguna ciencia natural, física o biológica, sino que parte del hombre»(pág. 459); «...todo tiene orígenes groseros... en esta ciencia, no se pueden usar tipos de modelos estables e inmutables.»(pág. 460) «Por regla general las creencias de Vico no inciden en ningún sentido en su objetivismo científico...»(pág. 460) «Que haya poco rigor erudito para sostener tal tesis o que se de a veces un exceso de fantasía en sus interpretaciones al respecto es lo de menos.»(pág. 461) Y no obstante, el proceso de constitución originaria humana, que Vico plantea, es bastante riguroso y exacto según todas las tradiciones: 1º) Los *bestioni*, no «humanos» por comportamiento y naturaleza social y cuya naturaleza se sustenta sobre la corporeidad. 2º) Los *gigantes*: abren el primer grado de espiritualidad de la mente mediante la actividad fantástica. Barbarie del sentido y fiereza son sus características; sin naturaleza social, civil ni moral. 3º) Los *primeros padres gentiles*. Primigenio estado del hombre primitivo y primera estructura espiritual de la acción humana y del conocimiento histórico. Pero en la historia, para Vico, no hay una salida definitiva del estado ferino, siendo la civilización conquistada con trabajo y sostenida con esfuerzo, constituyendo esto el rasgo más provechoso de su antropología, de su metafísica, de su constitución social. El hombre como tarea propia inacabada.

Concluye aquí un trabajo riguroso, profundo y prolijo apoyado por 1141 citas y una extensa base documental bibliográfica, que supone dentro del panorama del pensamiento español la mayor aportación cualitativa al desentrañamiento, actualización y difusión del pensamiento del napolitano, de influencia tan densa a veces, tan sutil siempre, en el pensamiento moderno historicista, antropológico e incluso estético. Una obra que asume sin complejos intelectualistas, porque así lo encuentra e interpreta, una raíz metafísica en la constitución primigenia en la naturaleza del género humano, mucho antes siquiera de la aparición de la filosofía, de la metafísica, y demuestra, dentro de los parámetros viquianos de los que intencional y

programáticamente parte, que genera todos los ámbitos vitales que constituyen no sólo al hombre moderno, desgarrado entre razón y pasión, sino al *hombre* que siempre ha sido y al que queda por ser.

* * *